

XAVIER MONTANYÀ

Kid Tunero,
el caballero del ring

Índice

Prólogo	9
1. El último combate. La Habana, 1948	13
2. Boxeo, azúcar, ron y chocolate	19
3. El paraíso: el veneno del ring	25
4. El combate del siglo	28
5. Veintiséis asaltos bajo el sol del trópico	33
6. La Habana, el descubrimiento del mundo	37
7. Los rings cubanos de los años veinte	45
8. Barcelona, meca del boxeo europeo	50
9. <i>Hòstia, com pega aquest negre!</i>	56
10. Invicto en los rings catalanes	59
11. La Floresta Pearson	65
12. Ignacio Ara contra Kid Tunero, el combate del año	71
13. Harlem en la calle Nou de la Rambla	75
14. «Si hay un Alá pugilístico, Jeff Dickson es su profeta»	81
15. París, asaltar el cielo	87
16. Campeón del mundo sin corona	91
17. La Cabane Cubaine	100
18. «Tunero será campeón, si a Dickson le interesa»	109
19. A un punto de la corona mundial	112

20. Tunero, Hemingway y «La masía» de Joan Miró	117
21. Juego sucio en Mánchester	122
22. Jeff Dickson, precursor de la Fura dels Baus	129
23. Yolette Yol y los años náufragos	133
24. El enigma Tunero	140
25. Finca Vigía, en la corte de Papá Hemingway	151
26. El fin del boxeo profesional en Cuba	163
27. Tunero, padre de campeones mundiales: Legrá y Evangelista	168
28. En África, he visto leones en las playas al atardecer	189
Agradecimientos	195
Bibliografía	196

Prólogo

TUVE LA SUERTE DE conocer al boxeador cubano Evelio Celestino Mustelier, Kid Tunero, allá por los años ochenta del siglo pasado, en Barcelona. Sabía que era un hombre muy respetado, que le llamaban el «campeón del mundo sin corona», «el caballero del ring», o «el hombre de un solo golpe» porque, cuando debutó, sus adversarios no solían pasar del primer asalto. Sabía que no había llegado a campeón del mundo, injustamente, a pesar de haber vencido a algunos de los campeones de su tiempo, y que había sido un excelente preparador de jóvenes púgiles, como su discípulo cubano José Legrá, que llegó a proclamarse campeón mundial de los pesos pluma, en el año 1968, gracias a él.

Sabía, también, que el escritor Ernest Hemingway sentía por él un amor especial: «Kid Tunero es para mí el atleta más completo que ha dado Cuba. Un día diré por qué. Además, si aún quedan caballeros en la Tierra, Tunero es uno de ellos. Recto, lacónico, sencillo; es simple y puro como el pan, como el oro».

Nuestro primer encuentro fue en el bar Zúrich, en la plaza de Catalunya. Nunca olvidaré el impacto, como un relámpago, que me produjo ver ascender lentamente por las escaleras mecánicas del metro su figura impecable, majestuosa. Vestía un traje oscuro, camisa, corbata y un abrigo negro sobre los hombros. Era mulato, fuerte, de cabeza redonda y tenía unos enigmáticos ojos achinados, entre amarillentos y verdosos, como los de la peligrosa mamba verde. Se movía con armonía y elegancia felina. Su mirada

era transparente, sincera; la de alguien que tiene razón y está de acuerdo consigo mismo. La mirada de un maestro, de fuerza y convicción irreductibles.

Me habían contado que pasaba penurias económicas y que vivía en el Raval, no se sabía dónde. Tras varios encuentros, supe que casi todo lo que decían era cierto. Él me lo confirmó. Vivía en un pequeño cuarto de un gimnasio, el Club de Boxeo Siglo xx, en la calle Ferlandina 22, sí, pero no era un perdedor. En absoluto. Vivía en su mundo. El hombre que había sido el «rey del cuadrilátero», todavía lo era, y se hacía respetar, a pesar de llevar muchos años fuera de las doce cuerdas.

Conversamos en muchas ocasiones. A veces, dando pan a las palomas, una de sus rutinas diarias; otras, tomando una copita de menta, su licor preferido, o paseando por la playa de la Barceloneta. Me explicó su vida y sus ideas sobre el mundo y el boxeo. Mientras tanto, con unos colegas, intentaba hacer un documental sobre él. Nunca lo logramos. Y se murió. Su vida, para mí, era como la de los grandes músicos de jazz. Si se habían realizado documentales de Thelonious Monk o de Chet Baker, ¿por qué no de Kid Tunero? Además, había en él un no sé qué de enigmático, de profundo, de ancestral, que quería descubrir. Un concepto del mundo, de la vida. ¿Qué quería decir Hemingway cuando escribió que Tunero era el atleta más perfecto de Cuba y que «un día diría por qué»?

Por desgracia, me quedé sin averiguarlo. Nunca pudimos convencer a nadie para que financiara el documental. El boxeo no gustaba. El progresismo hispánico lo había demonizado. Por violento, salvaje, inhumano, decían. Motivos espurios en boca de aquellos que, desde el poder «democrático», impulsaron el terrorismo de Estado.

Cada combate es un drama. Un diálogo definitivo a puñetazos. La vida de un boxeador es un relato excepcional, a cara descu-

I. El último combate. La Habana, 1948

HABÍA HABIDO UNA FUERTE tempestad en la playa de la Barceloneta. Kid Tunero solía ir a pasear las soleadas mañanas de invierno. Le recordaba el malecón de La Habana. Decía que tenía un amigo. Que se veían a menudo y juntos iban a pasear a su perro por la playa. No recordaba su nombre, ni su teléfono. Cuando se encontraban, charlaban y tomaban el sol. Aquel día no lo encontramos. Nunca lo encontramos.

Caminábamos despacio, cerca del paseo. La arena aún estaba dura y húmeda. Se respiraba un intenso olor a mar. Demasiado. Un hedor que, en algunos rincones, parecía como de podrido. De pescado destripado, putrefacto. El aire era fresco. Las olas, viscosas, rompían perezosamente, como las últimas convulsiones, débiles, de la tempestad que se alejaba. Al fondo, fantasmagóricos, se recortaban los esqueletos de los dos rascacielos de la futura Villa Olímpica.

Con una caña, enérgico, el viejo boxeador dibujó una raya en la arena. «Esto es el Malecón de La Habana. Aquí está el Castillo del Morro. Y aquí, en tiempos de Fulgencio Batista, se construyó el Palacio de Convenciones y Deportes, delante del Hotel Riviera, en primera línea de mar. Hoy ya no existe. ¡Era inmenso, grandioso, chico...! Aquí actuaron los Ringling Brothers o el King American Circus. La pista se transformaba para hacer circo, boxeo, lucha libre, básquet, voleibol. Debajo estaba la piscina. Había una tremenda vida entonces en La Habana. De lujo nocturno: cabarets, casinos, el Tropicana, el Floridita. Y de juerga y vacilón popular:

en los barrios, en las tabernas y los quioscos de música. El béisbol, pero sobre todo el boxeo, eran las grandes atracciones de los cubanos. Había gran pasión por las apuestas al boxeo, la lucha libre y las riñas de gallos. Yo boxeé muchas veces en este Palacio. Una noche, aquí, tras veinte años de pelear en los rings, decidí colgar los guantes de un clavo. Para siempre». Y de un golpe seco, preciso, clavó la caña en la arena.

La Habana, 14 de agosto de 1948. Los carteles de la velada de boxeo, inconfundibles, empapan el Malecón y La Habana Vieja. Esta noche, gran velada de pesos wélter. El cubano Kid Tunero contra el belicense Hankin Barrows, campeón de la Honduras Británica. Es la revancha del combate celebrado hace tres años, aquí mismo, que Tunero había ganado, tranquilamente, por puntos. En la pista del Palacio de los Deportes un grupo de hombres están armando el ring. Clavan las tablas de la tarima con golpes secos, contundentes, que resuenan en las gradas vacías. Entre cuatro, tensan muy fuerte la lona.

Hay algún ocioso que observa, embobado, el montaje del cuadrilátero. Se percibe el vacío abismal que precede a los grandes acontecimientos. Al igual que el respeto inquietante, morboso, que había, antiguamente, en las plazas públicas, cuando se alzaba el patíbulo en día de ejecución. Con gran algarabía, los tramoyistas tensan las doce cuerdas del ring y desaparecen. Todo queda en silencio. El Palacio está desierto. Allá abajo, asaeteado por los focos: el ring, solitario, hipnótico. Lleno de fuerza. Si te fijas en él, te absorbe poderosamente la mirada. Como un telón caído. O un lienzo en blanco. Provoca una fascinación irresistible, excita la imaginación.

Yuri Páporov, antiguo agregado cultural de la URSS en México, y corresponsal de la agencia Novosti en La Habana, reconstruyó muchos fragmentos de la memoria perdida de los tiempos de Hemingway en Cuba. Las fiestas, los amigos, la leyenda. Kid Tunero era el boxeador estrella en la corte de Papá Hem, como él

2. Boxeo, azúcar, ron y chocolate

EL BOXEO ES ESENCIAL en Cuba. Como la caña, el azúcar, el chocolate, el ron, el son y el sexo. Cuenta la leyenda que el primer boxeador cubano fue un impostor. Ni era cubano, ni nunca libró un solo combate en la isla. Se llamaba The Cuban Wonder, y era un negro de Filadelfia, bautizado como Frank McLean, que combatía en los rings de los estados del sur de los EE. UU., a finales del siglo XIX. La falsa ascendencia cubana permitía al astuto Frankie luchar contra púgiles de raza blanca. Aún imperaba, e imperaría por muchos años, la discriminación racial.

No obstante, en la Cuba rebelde soplaban aires de igualdad, de libertad y de independencia. En aquellos años, los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso ya empezaban a organizarse bajo el liderazgo del independentista José Martí, político, escritor, futuro padre de la patria, que, por aquel entonces, ya había destacado, también, por tener tiempo y suficiente afición para ser el primer cubano que presenció y escribió sobre un combate profesional.

En el año 1882, Martí viajó a Misisipi para ver y escribir la crónica de un combate histórico, «a puño limpio», sin guantes, entre John L. Sullivan, de Boston, que se coronó campeón al derrotar a Paddy Ryan, un irlandés de Nueva York. El campeón tenía una pegada bestial. Al apóstol de la independencia de Cuba no le gustaba la brutalidad de un combate sin guantes en que se peleaba sin límites, hasta el final.¹

1 No obstante, merece la pena recoger, como hace el especialista cubano

Tras décadas de lucha para liberarse de cuatro siglos de colonialismo español, Cuba logró la independencia el año 1902. La explosión y hundimiento del acorazado norteamericano Maine, en la bahía de La Habana, en 1898, provocó la intervención americana y la inmediata derrota española. Esta maniobra supuso que se instaurase en la isla una república semicolonial, bajo tutela yanqui. De hecho, los EE. UU. ya la habían ocupado militarmente del 1898 al 1902, y lo volverían a hacer del 1906 al 1909.

En aquellos años, el boxeo en Cuba era casi inexistente. En Santiago, cerca de la base militar de Guantánamo, se habían improvisado algunos combates de pega entre marines y soldados americanos, organizados en la cubierta de los barcos de la us Navy. Del

Enrique Encinosa en *Azúcar y chocolate*, algunos fragmentos de su escrito, preciosos y precisos, sobre el ambiente y el espíritu de los combates de aquellos tiempos. El boxeo, como la poesía, es imagen. Aparte de las futuras crónicas de Jack London, hay pocas narraciones tan visuales sobre los inicios del boxeo, como estas líneas de José Martí.

Sobre el escenario: «Ya en el lugar de la pelea, que fue la ciudad de Misisipi, estaban llenos de gente los alrededores del sitio elegido para el circo, y a horcajadas los hombres en los árboles, y repletos de curiosos los balcones, y almenados de espectadores los techos de las casas. Vacío el tren su carga... Y a la par que los jayanes se dieron las manos y ponían a hervir la sangre que iba a correr abundosa a los golpes, encucillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los dos hombres...».

Sobre el combate: «A poco ruedan por tierra; llévanlos a su rincón, y bañanles los miembros con menjurjes, embístense de nuevo, sacúdense sobre el cráneo golpes de maza; suenan los cráneos como yunque herido; mancha la sangre las ropas de Ryan, que cae de rodillas... álzase Ryan tambaleando, le embiste Sullivan riendo... Nueve veces se atacan; nueve veces se hieren; ya se arrastra el gigante, ya no le sustentan en pie sus zapatos espigados, ya cae exánime de un golpe en el cuello, y al verlo sin sentido, echa al aire la esponja, en señal de derrota, su segundo...».

3. El paraíso: el veneno del ring

EVELIO CELESTINO MUSTELIER NACIÓ el 19 de mayo de 1910, de padre negro y madre blanca, en Victoria de las Tunas, en Oriente, la provincia de Fidel Castro. Poco después, su familia se trasladó a vivir a Banes. Estuvo a punto de llamarse Halley porque su nacimiento coincidió con el temido acercamiento del cometa a la Tierra, pero, finalmente, optaron por ponerle Evelio. Su madre, Gabriela, era modista. Agripín, su padre, tenía cantina y bodega en un ingenio azucarero, el Central San Germán, hoy denominado Urbano Noris, en homenaje a uno de los primeros caídos de la Revolución cubana.

Evelio, de bien chiquillo, se escapaba a la Bodega Iglesias para contemplar, extasiado, dos hombrecitos de lata que colgaban del techo, por encima de las cabezas de los musculosos guajiros. El bochorno tropical se espesaba con la música, el humo de los puros y los vapores del ron. El tabernero, un negro desdentado, abría las ventanas de par en par, a los cuatro vientos. Una ligera brisa se colaba entre los escandalosos bebedores. En el techo, el aire mecía los dos hombrecitos de lata. A veces, danzaban. A veces, boxeaban. Un blanco y un negro. Eran Jack Johnson y Jess Willard que pelearon en La Habana, en 1915.

Al caer el sol, en el Central, el mundo se transformaba. El paraíso perdido retornaba como un relámpago de armonía. Los perfumes tropicales se mezclaban con el hedor de las zarzas putrefactas. El pescado, los cangrejos, el ron, el café, el azúcar, la menta.

Todo acariciado por un airecillo cálido que silbaba entre las cañas y las hojas de los bananos. Agitaba el baile majestuoso de las hojas de palmera, voluptuosas. Aquí, allí, el grito desesperado de una gallina degollada, los ladridos de un perro apaleado, o los profundos gruñidos de un puerco. Los hombres holgazaneaban en los porches de las casas, a la sombra de un flamboyán comentaban cosas de la jornada, miraban al cielo escrutando indicios para el mañana.

Cada atardecer, arropado por este brutal estallido de vida, el pequeño Evelio se escapaba de casa. Huía. Corría y corría como un loco, descalzo, por los senderos de arena magenta, fina como café recién molido. Cuanto más corría, la arena se tornaba hielo, quemaba, sacaba humo tras aquel relámpago de chavalín. Al llegar cerca de la Bodega Iglesias, ralentizaba la carrera. Avanzaba como un tigre en la oscuridad, sigilosamente, a pasos quedos, hasta casi alcanzar el quicio de la ventana. Allí se quedaba quieto, camuflado entre las buganvillas, fuera del rayo de luz que salía del interior.

El resplandor anaranjado del farol de petróleo tiritaba en su cara. Evelio contemplaba absorto los dos muñecos que colgaban de las vigas de bambú, entre los fetiches: mandíbulas de tiburón, calaveras de mono, armazones secos de cangrejo. Seres misteriosos que danzaban a ciegas, y proyectaban sombras chinescas que daban miedo.

El pequeño Evelio no conocía el miedo. Solo tenía ojos para los dos boxeadores de sus sueños. El gran Jack Johnson, gigantesco, de acero, paternal, bondadoso. Dios. El Dios negro. Y su contrincante, la esperanza blanca, Jess Willard, de mármol, malicioso y astuto. Era un combate eterno. El combate. Evelio se transfiguraba. Ya no oía el fragor del bar, los gritos sordos, las risotadas.

De repente, como una locomotora que avanza en la noche, el canto de los grillos y los chillidos de los animalillos nocturnos se transformaban en un solo clamor, acompasado, que crecía y crecía. Miles de voces oscuras, gritando como un solo hombre, tum,

4. El combate del siglo

It is no superficial thing, a fad of a moment or a generation. It is as deep as our consciousness, and is woven into the fibers of our being. This is the ape and tiger in us, granted, but it is in us, isn't it?

Jack London

JACK JOHNSON, EL GIGANTE de Galvestone, es uno de los mitos eternos del boxeo de todos los tiempos, uno de los pesos pesados más extraordinarios que jamás ha existido. Un hombre que hizo historia en mayúsculas. Historia del boxeo, historia de la humanidad. Al igual que, años más tarde, haría Joe Louis el Bombardero de Detroit y, sobre todo, Cassius Clay, Muhammad Ali. Los tres encarnan momentos álgidos de este deporte y, a su vez, son un hito definitivo: un antes y un después en la lucha contra el racismo, por la igualdad de derechos de los negros, en los EE. UU. y en el mundo. Precisamente por eso son polémicos y admirados. En la vida y en el ring actuaban como hombres libres, desafiantes, amos de sus cuerpos y de sus actos.

La fama de Johnson había deslumbrado el mundo entero. Era, quizás, el afroamericano más famoso de la Tierra. Para los chavales cubanos era un ser de leyenda, a la altura de los líderes de la independencia: el mulato Antonio Maceo, el Titán de bronce, o José Martí, muerto exactamente el mismo día, pero catorce años antes, del nacimiento del pequeño Evelio. Sus nombres evocaban las ideas de libertad y emancipación. Maceo y Martí habían liberado al pueblo cubano del yugo colonial. Johnson había coro-

nado la cima de la libertad y de la independencia como persona, y como afroamericano, al ser el primer negro campeón mundial (1908-1915) de los pesos pesados que venció al blanco Tommy Burns en Sidney, Australia. Jack Johnson, de niño, se había iniciado en el boxeo, peleando en las «Battle Royale», un espectáculo sádico, racista y cruel. Los terratenientes blancos tapaban con un saco las cabezas de los chavales negros y los enfrentaban a luchar como bestias, sin normas, para divertirse y cruzar apuestas. El sufrimiento y la rabia acumulada en aquellos años fue el aprendizaje que tuvo el pequeño Johnson para conquistar el mundo.

Su victoria en el campeonato mundial desató el racismo. Era intolerable para muchos blancos norteamericanos y del mundo entero. Un negro, hijo de esclavos emancipados, osaba derribar a un blanco y proclamarse campeón del mundo. Por su «imperdonable negrura» Johnson fue insultado, perseguido, odiado. Él reaccionaba viviendo como le daba la real gana, sin disimular su pasión por las mujeres blancas, los coches caros, los trajes elegantes y el lujo, actitud que excitaba aún más los bajos instintos racistas de los blancos. Además, le gustaba la música, tocaba el contrabajo y era irónico e inteligente. Era el «mal negro» por excelencia. La antítesis del Tío Tom.

Jack Johnson desafiaba la segregación racial, descaradamente, pero con educación y elegancia. Abrió un restaurante de lujo en Chicago, el Café du Champion, en el que había integración racial y bandas de jazz en vivo. Además, si el gris y la austeridad eran la norma en el vestir de la gente acomodada, Johnson deslumbraba y, de paso, provocaba al conservadurismo puritano burgués, luciendo trajes y bombines color mostaza, verde limón o marfil.

Los más fanáticos exigían, como escribió Jack London, que apareciera la «Gran Esperanza Blanca», el blanco capaz de tumbarlo entre las cuerdas, y hacerle volver al sitio de donde nunca debería haberse atrevido a salir. En aquellos tiempos los boxeado-

5. Veintiséis asaltos bajo el sol del trópico

CINCO AÑOS DESPUÉS, EL 5 de abril de 1915, Cuba celebró su primer acontecimiento boxístico internacional: el combate Jack Johnson-Jess Willard por el título mundial de los pesos pesados, pactado, ni más ni menos, que a cuarenta y cinco asaltos. Se escogió La Habana, feudo turístico de los norteamericanos, porque Johnson había tenido que huir de su país para no acabar entre rejas. El cerco contra el campeón negro se había ido estrechando. Lo acusaron de violar la Mann Act, una ley federal que prohibía el traslado de prostitutas entre estados. Jack había estado casado con dos mujeres blancas, y entonces, mantenía relaciones con una tercera, sin estar casados. Con esto tuvieron suficiente para tacharla de puta, y perseguirlo a él, judicialmente.

Fue una pelea de alto voltaje. Asistieron más de quinientos comentaristas de todo el mundo, y un público de treinta mil personas, la mayoría cubanos. Aquello encendió la mecha que hizo explotar la afición al boxeo en toda Cuba. Fue filmada para proyectarse en Europa y los EE. UU. También se exhibió en La Habana, y despertó un intenso fervor popular.

Cabe decir, por contraste, que aquel mismo año se estrenó la película *El nacimiento de una nación*, de D. W. Griffith, sobre la guerra de Secesión del siglo XIX, la gran epopeya patriótica americana. El film es un hito en los avances técnicos y narrativos de la historia del cine, pero tiene, a su vez, un discurso racista proto-nazi exacerbado. El Ku Klux Klan parece una ONG benéfica, y los

negros, interpretados por actores blancos con la cara pintada, son seres moralmente monstruosos. Ladrones, borrachos y violadores. Un detalle significativo que ilustra la tensión racial que había envenenado los medios de comunicación.

Tales ingredientes inyectaban más pasión y controversia al combate de La Habana. ¿Quién era el blanco que pretendía arrebatarse el título mundial al Gigante de Galveston? A Jess Willard, la esperanza blanca, el vaquero de Kansas, algunos lo han descrito como un gigante patoso y algo simple. Otros, en cambio, aseguran que esta es una imagen injusta, dicen que era ágil, habida cuenta de su peso y volumen colosales. Medía un metro noventa y ocho de altura y pesaba ciento nueve quilos. Era cuatro años más joven que Johnson, que ya tenía treinta y siete. En treinta combates había logrado diecinueve KO y solo había sido derrotado cuatro veces. Tenía una gran resistencia física, era valiente y sabía pegar.

A Willard le precedió su leyenda, que causó sensación en la Cuba más picaresca y fantasiosa. Probablemente, fue una leyenda fruto de la imaginación de los promotores. Le fabricaron un perfil de «blanco justiciero» para derrotar al «negro usurpador» de títulos. Y ¿cómo tenía que ser un blanco justiciero? ¿Cómo había que presentarlo en el ring? Pues así: «Procedente del salvaje Oeste, un joven sano, fuerte, blanco y patriota, que ha abandonado el rancho de vacas y caballos para hacerse boxeador y acabar con la primacía del negrata que ostenta el título mundial de los grandes pesos». También le atribuían, y esto sí que parece verosímil, un hambre pantagruélica, con una especial predilección por los chuletones gigantes de ternera.

Johnson se desplomó en la lona en el asalto veintiséis. KO. Ya no se levantó. Fue un combate muy discutido. Hubo rumores de «tongo». Si bien él no se puso de pie, no está tan claro que lo fuera por estar inconsciente. Todo el mundo vio como, desde el suelo, se protegía del fuerte sol caribeño con el antebrazo derecho.